



HISPANIA NOVA
Revista de Historia Contemporánea

INTRODUCCIÓN

JUAN ANDRÉS BLANCO Y JESÚS A. MARTÍNEZ

INTRODUCCIÓN

Juan Andrés Blanco

Jesús A. Martínez

Entre el legado historiográfico de Julio Aróstegui se encuentran numerosas publicaciones en forma de artículos o capítulos de libro que abrieron caminos adelantados a su tiempo o fueron expresión de los debates de una época. Y muchos están en rinconcitos olvidados de la historiografía que ahora en edición digital *Hispania Nova* quiere rescatar. Son escritos elaborados hace mucho tiempo, dispersos, en la actualidad de difícil localización. Pero no es sólo por su antigüedad o su dificultad de consulta por lo que ahora se reeditan, sino por sus contenidos que abrían puertas a nuevos temas, o al tratamiento distinto de ellos en el ámbito historiográfico en el que se crearon, o encerraban nuevos conceptos y nuevos métodos historiográficos y propuestas teóricas. Son muchos, pero el criterio de su selección, pues, tiene su fundamento en la originalidad de las propuestas, teóricas o empíricas, el tratamiento de los temas, las dimensiones conceptuales y metodológicas con que fueron entendidos, y su papel en la apertura de campos de investigación. Y se han respetado íntegramente, porque deben ser comprendidos y valorados en el momento en el que fueron escritos. Sin notas o actualización alguna, porque hubiera distorsionado el sentido original con el que se construyeron. Ese el objetivo. No están seleccionados al azar, sino que todos fueron muy novedosos y avanzaron líneas conceptuales, metodológicas y empíricas de investigación.

Se reúnen así siete textos, de temas distintos, escritos en tiempos diferentes, pero con el denominador común de su aportación a la historiografía.

El primero en el tiempo, *El Manifiesto de la "Federación de los Realistas Puros"*, fue escrito en enero de 1974 y publicado dos años más tarde en un conjunto de estudios titulado "Estudios de Historia Contemporánea"¹. Era el primer volumen de una serie de publicaciones que, con ese título iniciaba el Instituto "Jerónimo Zurita" del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. No se llegó a publicar un segundo volumen. Era un libro colectivo

¹ Julio ARÓSTEGUI. "El Manifiesto de la "Federación de realistas puros" (1826). Contribución al estudio de los grupos políticos en el reinado de Fernando VII". *Estudios de Historia Contemporánea*. Vol. I. Madrid, Instituto Jerónimo Zurita del CSIC, 1976, pp. 119-185

que reunía diez trabajos individuales muy diversos y sin ninguna relación temática o metodológica, sólo que se referían a la España de los siglos XIX y XX. El texto de Aróstegui era el más largo, casi una monografía en sí mismo, con 66 páginas, sobre el tema del carlismo en el que había abierto una nueva senda historiográfica desde su tesis doctoral en 1970 sobre el Carlismo alavés durante la tercera guerra carlista². La importancia de este trabajo es doble: por un lado es un ejemplo modélico de cómo se puede comentar e interpretar un texto difícil y de dudosa autoría con toda una cirugía de método, escrupulosidad conceptual e interpretación rigurosa, y explicar el trasunto histórico. En segundo lugar, sus conclusiones dieron una explicación muy renovadora sobre los orígenes y desarrollo del realismo-carlismo, aportando unas dimensiones sociales que lo enmarcaban en el primer movimiento de masas contra la revolución liberal. El análisis del carlismo en la España contemporánea no lo abandonó nunca y fue objeto de numerosas investigaciones y publicaciones, como un laboratorio de historia social que le permitía entrar en el trasunto de la España contemporánea y lo desplazó cronológicamente a los años treinta del siglo XX y la guerra civil, con su última aportación dedicada al estudio de los combatientes carlistas entre 1936 y 1939.

A principios de los años ochenta, definió otro horizonte de investigación, tampoco cerrado nunca y que dio lugar a numerosos estudios de discípulos en forma de tesis doctorales y publicaciones: las milicias políticas durante la república y la guerra civil, inaugurando por escrito sus preocupaciones por explicar la crisis española de los años treinta, la república, la guerra civil, las dimensiones sociales y el fenómeno de la militarización de la política y el recurso a la violencia política. Ingredientes todos que desarrollará después. Y los principios los desarrolló en otro texto en forma de capítulo de un libro con tres volúmenes de Homenaje en 1981 a Manuel Tuñón de Lara, titulado, *Sociedad y milicias en la guerra civil española, 1936-1939: una reflexión metodológica*.³ El origen último de su estudio se lo había brindado precisamente una investigación sobre la intervención en la guerra civil del carlismo que ahora contextualizaba en un proceso de mayor alcance como era la configuración, significado y actuaciones de las milicias armadas, como fenómeno social y reclamaba metodológicamente una sociografía del hecho miliciano.

Fueron muchos los análisis que Aróstegui volcó para explicar la crisis española de los años treinta y realizó investigaciones y propuestas muy lúcidas y renovadoras sobre la forma de entender el transcurso de la república antes y durante la guerra civil⁴. Entre ellos, los problemas del control del poder y del conflicto de clases de la república en guerra como elemento fundamental para entender la guerra misma en la zona republicana. Es el sentido de

² Julio ARÓSTEGUI. *El carlismo alavés y la guerra civil*. Vitoria, Diputación Foral de Alava, 1970

³ Julio ARÓSTEGUI. "Sociedad y milicias en la guerra civil española, 1936-1939: una reflexión metodológica" en *Estudios sobre Historia de España. Obra Homenaje a Tuñón de Lara*. Madrid, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1981, tomo II, pp. 307-326

⁴ Jesús A. MARTÍNEZ "Julio Aróstegui en la historiografía de la guerra civil, 1936-1939" en *El valor de la Historia. Homenaje al profesor Julio Aróstegui*. Madrid, Editorial Complutense, 2009, pp. 69-80.

la fuerza interpretativa, conceptual y metodológica del artículo *La república en guerra y el problema del poder*⁵. Fue publicado en 1985, y su valor es haberse adelantado al cincuentenario que multiplicó los estudios sobre la guerra y proponer planteamientos entonces muy novedosos que han mantenido su frescura en el tiempo historiográfico. Eran nuevas perspectivas como fruto de reflexiones conceptuales y metodológicas y de investigaciones empíricas, como la había dado lugar el año anterior al análisis de los problemas del poder durante la defensa de Madrid, donde se expresaron, más allá de lo local, los problemas del poder de la República en guerra como relevantes y definidores del carácter y naturaleza del conflicto social. Era el fenómeno de los poderes autónomos o revolucionarios, ejemplificando las divergencias y dificultades de las fuerzas republicanas, los problemas de la hegemonía que confrontaban las diversas concepciones del poder⁶. En este artículo de 1985 afrontó el reto de recoger el testigo de que los estudios sobre la guerra fueran escritos por historiadores españoles distintos de la historiografía extranjera o la historia oficial de la Dictadura. Era el momento posible. Pero la procedencia nacional de los estudiosos de la guerra era lo de menos. Se trataba de superar los aspectos documentales, con la puesta a disposición de nuevas fuentes de información, y sobre todo de método, pasando de las explicaciones políticas basadas en la descripción de los comportamientos de los grandes personajes a la historia social. Y esa era en último término su aportación, estudiar la evolución de la república en guerra, no en términos militares ni de acontecimientos políticos puntuales de 1936, sino en sus dimensiones sociales y las raíces del conflicto de clases y del sistema social del poder de la república curtido mucho antes de 1931.

El artículo abrió muchas perspectivas de análisis, que desarrolló con mayor detenimiento en el libro colectivo *La guerra civil española 50 años después*⁷ y que seguiría depurando las décadas siguientes. El centro nervioso de su reflexión lo situó en el conflicto a varias bandas entre proyectos distintos de organización social y sistemas de poder de las fuerzas que apoyaron a la República: entre anarquistas y comunistas, entre socialistas caballeristas, prietistas y negrinistas y, todos ellos contra comunistas, y entre comunistas estalinistas y trotskistas. Y sobre todo porque ese problema del sistema social de poder era el de los problemas de la revolución española planteados mucho tiempo antes de la sublevación de 1936 en que entraron en una nueva fase. Con la guerra no hubo sustitución de poder por otro de origen revolucionario, sino de varios poderes paralelos y contradictorios y con el fracaso de tres proyectos ensayados: la revolución social colectivista del anarcosindicalismo, el capitalismo formal con control sindicalista del socialismo ugetista y la nacionalización estatalizadora de los comunistas ortodoxos. Así la república no encontró un sistema unitario

⁵ *Studia Historica. Historia contemporánea*, nº 3, (1985), págs. 8-19.

⁶ Julio ARÓSTEGUI-Jesús A. MARTÍNEZ *La Junta de Defensa de Madrid, noviembre 1936-abril 1937*. Madrid, Comunidad de Madrid, 1984, sobre todo pp. 136-142

⁷ Manuel TUÑÓN DE LARA; Julio ARÓSTEGUI; Angel VIÑAS; Gabriel CARDONA y Josep M. BRICALL. Barcelona, Labor, 1985. El texto de Aróstegui "Los componentes sociales y políticos", pp. 45-122

para el ejercicio de un poder revolucionario y sucumbió en gran parte por haber estado presa de un problema irresuelto.

En los años ochenta, inscrito en su preocupación por explicar aquella crisis española de los años treinta, desplegó otra de sus grandes contribuciones a la historiografía: el concepto y la caracterización de la violencia política para insertarla como elemento central del desarrollo histórico contemporáneo y su proyección en la España de 1917 a 1936. Su primer escrito fue *Conflicto social e ideologías de la violencia, 1917-1936*⁸. A partir de aquí depuró y escribió sobre la violencia política como categoría histórica para explicar mejor la naturaleza conflictiva de los comportamientos sociales y sus expresiones políticas en las situaciones históricas contemporáneas. Aportó el concepto en su dimensión historiográfica, como fruto del diálogo con otras herramientas multidisciplinares, y los proyectó sobre el caso español, desmenuzado en el siglo XX en cuatro grandes ciclos. Y con esa conceptualización de la violencia política alumbró ideas como el *insurreccionalismo* o el *equilibrio de incapacidades* para explicar esos comportamientos sociales conflictivos. El artículo que se reproduce, *La especificación de lo genérico. La violencia política en su perspectiva histórica*⁹, publicado en 1995, es quizá donde están recogidas todas estas ideas y perspectivas, que influyeron en numerosos estudios.

Aróstegui tuvo una preocupación constante por los fundamentos epistemológicos de la disciplina histórica. La investigación empírica, el archivo, los documentos, eran fundamentales, pero no para formar un discurso literario a base de relato. El historiador no era nada sin teoría y sin método. Por ello fue uno de los historiadores españoles que más atención prestó a los problemas teórico-metodológicos y uno de los escasos que lo puso por escrito en un libro muy difundido, hoy de cabecera en el mundo académico, *La investigación histórica. Teoría y Método*¹⁰. No era una cuestión erudita, sino la búsqueda del sentido y de los fundamentos de la ciencia histórica. Pocos se han preocupado más por el sentido de la disciplina. Y en 1992, un contexto de debate sobre la supuesta crisis de la historia, y del oficio del historiador, por las proclamas posmodernas de una historia fragmentada, disuelta, e incluso clausurada –el *fin de la historia*–, y la invocada crisis de los grandes paradigmas, Julio Aróstegui publicó un artículo de 50 páginas, hoy perdido en el rincón de la historiografía, titulado *Por una nueva historiografía. Un manifiesto cientifista*¹¹. Fue el primer y único número de la revista en el que se publicó, y en él no sólo reflexionaba sobre la disciplina y el oficio, sino que hacía una serie de propuestas a modo de manifiesto, anudando el carácter científico de la historia, su sentido explicativo y la necesidad de la teoría. Se quejaba de que no había sido desterrada la tradición cronística de una historia entendida como descripción narrativa y aquejada de dispersión metodológica. También del inmovilismo de la profesión, y de que

⁸ En Manuel TUÑÓN DE LARA y otros. *España, 1898-1936: Estructuras y cambio*. Madrid, Universidad Complutense, 1984, pp. 309-345

⁹ *Sistema. Revista de Ciencias Sociales*. Nº 132-133, (1996), pp. 9-39

¹⁰ Barcelona, Crítica, 2001

¹¹ *Idearium. Revista de Historia y Teoría contemporánea*. Vol. I, (1992), pp. 23-73

precisamente los que abordaban el debate sobre la naturaleza y método del conocimiento de la historia procedían de otras ciencias sociales. Y rebelándose contra un historiador del futuro asociado a una narración documentada o convertido en ingeniero y técnico de la prospectiva social, hacía un manifiesto para abordar una nueva historiografía, que exigía teorizar el tiempo, definir los principios de la práctica científica de la historia, construir un método historiográfico hecho por los historiadores, y explicar la historia en una nueva historiografía. Sin explicación no había historiografía, y sin teoría no había explicación. Por ello el historiador del futuro debía ser un teórico o no sería nada. Y él mismo afrontó el reto, al publicar tres años después su libro de teoría y método.

Pensar la historia, hacer la historiografía. Es muy difícil la confluencia de estos ingredientes del oficio de historiador, estableciendo un diálogo entre el concepto y la base empírica, entre los supuestos teórico-metodológicos y la historiografía. Y además escribir sobre las dos dimensiones. Una tercera receta, además de la teoría y la investigación empírica era el conocimiento y debate con otras ciencias sociales, esto es, una historia social crítica en continuo diálogo con otras disciplinas. Siempre estuvo abierto a estos debates y reflexiones con la sociología, la antropología...Y entre ellas, la cultura, la historia de la cultura o la historia socio-cultural. En aquel contexto de los años noventa, elaboró uno de los textos más desconocidos de su autor y al mismo tiempo más revelador de su profundo conocimiento de otras ciencias sociales y de su apuesta por encontrar en ese diálogo muchas de las respuestas a sus reflexiones sobre la historia: las relaciones entre cultura e historia. Un artículo de 1995 se hacía eco de ello, *Símbolo, palabra y algoritmo: cultura e historia en tiempo de crisis*¹². La denominada crisis de los paradigmas y la fragmentación de la historia, entendida como el cuestionamiento de los grandes referentes de la historia explicativa de las estructuras y los grandes procesos, había desplazado el centro de interés hacia otros ámbitos como la historia cultural. Pero lejos de entender esta situación como de crisis, la recuperación del debate sobre una historia cultural y el concepto de cultura, era un síntoma de buena salud de la historia. Y Aróstegui llegaba a la historia cultural desde la historia social. No se quedó encorsetado en los márgenes de la historia política y la historia social. Estuvo abierto y discurrió por muchos territorios con su afán crítico. Por eso estableció el diálogo entre historia y cultura. Su supuesto era que la representación de la realidad social se realizaba a través de tres subsistemas: símbolos (signos como representaciones convertibles en objetos manejables), la palabra (o el sistema discursivo, el lenguaje) y el algoritmo (el orden natural de las cosas, el número) y los tres integran la representación completa del mundo exterior. Con esta idea de cultura, como visión global, se enfrentaba críticamente a los supuestos de fragmentación, del posmodernismo y del relativismo, tan en boga en aquella época, y reclamaba para la historia la recuperación de las visiones globales y con sentido, porque no era posible una descripción de la historia real sino desde la idea de globalidad. Y lo social y lo cultural constituían las dos grandes categorías totalizadoras desde las que cabía construir una

¹² VVAA. *Cultura y culturas en la Historia*. Salamanca. Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1995, pp. 205-234

historiografía con verdadero horizonte de globalidad, y para dar cuenta del mundo de la cultura y de su desenvolvimiento, esto es, con un aparato histórico dinámico en el tiempo, compuesto de símbolos, palabras y algoritmos. En esa década y en las siguientes se han multiplicado los estudios de historia cultural, o se han abordado problemas historiográficos desde esa perspectiva.

En este empeño por escarbar hasta lo más profundo del sentido de la disciplina, el diálogo con otras ciencias sociales, el interés por la claridad conceptual y la búsqueda de planteamientos de método, destaca entre sus aportaciones más recientes la apertura de un inmenso territorio: el de la memoria histórica, proyectando no solo reflexiones teóricas sino dirigiendo de la Cátedra de la Memoria Histórica del Siglo XX de la Universidad Complutense, un numeroso equipo de trabajo con importantes resultados en la investigación. Y esta dimensión está relacionada estrechamente con sus reflexiones, publicadas desde los años noventa, sobre la Historia del tiempo presente, culminados en su libro *La historia vivida. Sobre la historia del tiempo presente* publicado en 2004¹³, como una de sus grandes aportaciones a la disciplina. Pero ya ocho años antes, había publicado un texto, en forma de capítulo de libro como resultado de una reunión científica, que ahora se rescata y donde están expresados buena parte de los contenidos centrales que desarrollará con mayor grado de detenimiento. En ese texto que se reedita, *El presente como historia (la idea de un análisis histórico de nuestro tiempo)*, publicado en 1996¹⁴, se establecen sus presupuestos de la historización del presente, abordando los conceptos de histórica coetánea, la delimitación del presente, el concepto de historia del tiempo presente entendido como la historia de la generación activa, como registro de la memoria, y como acceso histórico a la comprensión del presente. La historia del presente sería la transcripción en un discurso historiográfico de la historia vivida, como historización de la experiencia. Propone una idea evolutiva del tiempo presente, desde la experiencia de lo coetáneo, pero no como la etapa final de la historia contemporánea, sino como un nuevo método de historiar la propia experiencia. Así la historia del tiempo presente no era un período, sino un método que parte de una particular concepción del tiempo histórico.

¹³ Madrid, Alianza, 2004

¹⁴ En Carlos NAVAJAS (ed.) *Actas del primer Simposio de Historia Actual*. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1996, pp. 17-44